

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y BIBLIOTECA

SANTIAGO
RUSIÑOL

Li - jardín
operador

LA VIRGEN

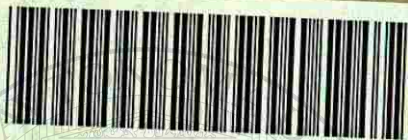
DEL MAR

16823

U34

V51

RAI



1020027960

Num. 849.9252
 Núm. Autor R 9551 v
 Núm. Adg. 32918
 Procedencia - 8 -
 Precio _____
 Fecha _____
 Clasificó fcg
 Catalogó _____



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Santiago Rusiñol

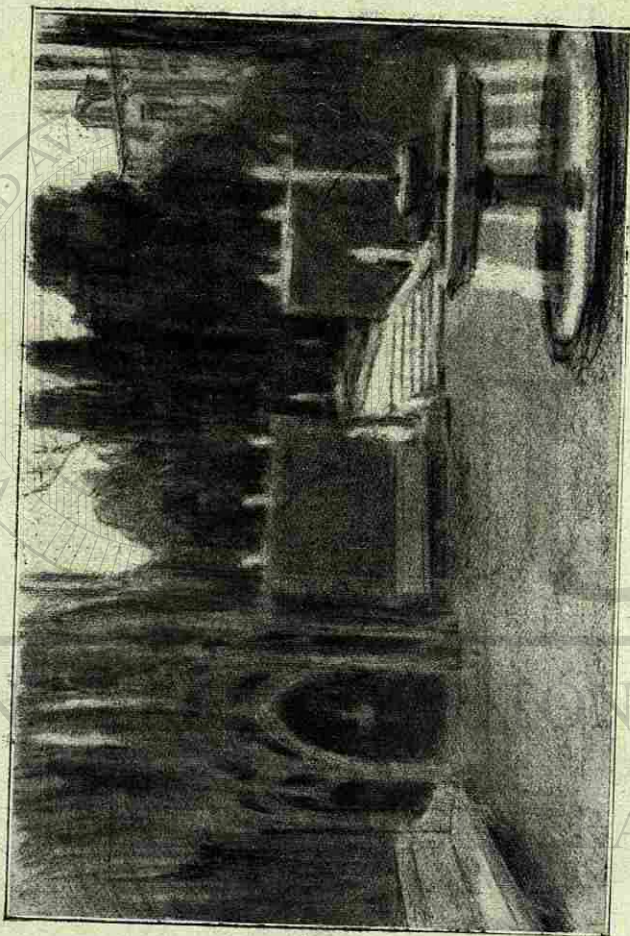
y la Virgen Santísima lo ha despertado! Levántate, hija mía. Ven á la procesión. *La madre y el hermano la ayudan á levantarse.* Y da gracias por esta merced que sólo alcanzan *Mirando al Capitán.* de nuestra imagen de la Virgen, los corazones sencillos. Ella te da vida para venerarla. Venérala toda tu vida, y nosotros cantemos la Salve!

Cantan la Salve, suenan las campanas, y sigue la procesión, mientras se pone el sol. Detrás de la Virgen, Josefina sostenida por la madre y el hermano; después el Ermitaño, después el coro, después los marineros, el pueblo y los pobres. El Capitán, instintivamente, se quita el sombrero, se arrodilla y llora mientras baja el telón lentamente.

FIN

El Jardín Abandonado

32918



El Jardín
Abandonado,

cuadro poemático en un acto, por
SANTIAGO RUSIÑOL. Traducción
de MIGUEL SARMIENTO. Ilus-
traciones musicales de JUAN GAY.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Tipografía «L'Avenc», Ronda Universidad, 20

Barcelona, 1902

862,
R



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO DE COLECCIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES

LA MARQUESA. Setenta años. Retrato noble de señora de principios de siglo. Blanca, de blanco de cera, sedosos los cabellos, abundantes y ondulados. Distinción heredada de muchas generaciones. Voz afinada y dulce. Pátina mate de cuadro de museo.

AURORA. Su nieta. Último brote de una familia de la nobleza. Color de rosa pálida, manos semejantes á magnolias, ojos de azul de sombra, vestido de colores pálidos, en armonía con la felpa de los árboles.

ERNESTO. Primo de Aurora. Treinta años. Pintor de gustos delicados. Distinción varonil. Viste con cierto abandono de buen gusto. Temperamento soñador.

LUIS. Veinticinco años. Ingeniero. Joven á la moderna. Temperamento activo, práctico y lleno de ambición. Viste correctamente, á la moda de todos.

GERTRUDIS. Sesenta y cinco años. Vieja sirvienta que es como un complemento de la casa, figura arrancada de un esgrafiado del palacio. *Soubrette* que ha envejecido en ambiente ceremonioso de nobleza y distinción. Avezada á vivir reclusa, habla bajo y con prudencia temerosa. Su misión es de segundo término y nunca sale del lugar que le corresponde. Parece vivir por mandato de la Marquesa y que ha de morir cuando la Marquesa se lo ordene.

CORO DE HADAS.

ACTO ÚNICO

Representa la escena un jardín descuidado, un jardín clásico, de plantas nobles, enfermas por el abandono y que conserva el sello distinguido que no tienen los jardines que se improvisan; un jardín con pátina de vejez, modelado por los besos del tiempo, y triste, con la tristeza que dan los árboles antiguos y las plantas arraigadas. Á un lado, una glorieta de cipreses recortados con simetría; al fondo, una escalinata manchada de mus-

go, y de losas amarillentas; á la derecha, el palacio, con figuras esgrafiadas, medio desteñidas por la lluvia; desmayos y cipreses á lo lejos; en primer término un surtidor de aguas dormidas é inmóviles.

Se oirá á lo lejos un coro, y en medio del canto se alzará el telón.*

CORO DE HADAS

De enjutos surtidores
somos la voz del agua,
y escuchamos inquietas
lo que cuentan las auras.

* Los asteriscos señalan el lugar donde van intercaladas las páginas musicales del original catalán.

De los viejos jardines,
el eco cadencioso,
el eco de otros tiempos
llorando en el reposo.

La resonancia muerta
de la vieja memoria,
y la canción antigua
contada por la historia.

Tristes hadas, cantamos
la mística leyenda
que en éxtasis profundo
murmura la arboleda.

Desolados jardines,
servidnos de guarida,
que sólo aquí gozamos
tan dulce poesía.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ESCENA I

LA MARQUESA, AURORA, ERNESTO
Y GERTRUDIS

Al levantarse el telón, Ernesto se hallará pintando bajo la gradería. En lo alto de la gradería, Aurora, con un pañuelo, se despedirá de alguien que no se ve. Luego se adelantará al primer término, hasta encontrarse con la Marquesa, que estará á la derecha, sentada. Gertrudis aparecerá más al fondo.

AURORA

Otro que nos abandona, abuela.

LA MARQUESA

Si, hija mía: todos huyen de las ruinas. Él, á la guerra, que es su oficio; unos, detrás de la gloria; otros, detrás de la fortuna: todos nos dejan, todos abandonan el abandono.

AURORA

¿Cómo es, abuela, que nuestra casa les espanta?

LA MARQUESA

Porque el olor de ruinas, el olor de nobleza llegada á menos, les parece vaho de tumba, á los hombres de hoy, que no sienten

el consuelo de la poesía, ni el
 aroma de las flores al deshojarse.
 Todos, todos nos dejarán, flor de
 mi alma.

AURORA

Todos menos su Aurora.

GERTRUDIS

Ni esta pobre vieja que ha echa-
 do raíces aquí y aquí ha de morir.

LA MARQUESA

(cogiendo las manos de Aurora)

Tú también, cuando llegue mi
 ocaso, que no ha de tardar. Tú
 eres la última hoja de esta noble
 casa, y el viento ha de llevarte. ¡Y

qué hoja, Aurora mía! Delicada y
 bella como flor de sombra. Mira
 tus manos (*agarrándoselas*), blan-
 cas y largas como de estatua de
 mármol; mira tu rostro, pálido y
 también blanco como planta de es-
 tufa; mira tus ojos en el espejo del
 agua: un azul de anochecer en-
 vuelve tus pupilas. El que preten-
 da casarse contigo ha de amar tu
 alma y tu cara de enferma, tan
 llena de poesía.

AURORA

El que me quisiera tendría que
 casarse con estos árboles amari-
 lientos y estos mármoles verdosos,
 y aceptar estas ruinas, que son mi
 dote.

LA MARQUESA

Oh bellas ilusiones!

AURORA

No quiero que sólo amen en mí una flor marchita: quiero que se enamoren de mi jardín; quiero que amen estos árboles; y las paredes que nos rodean y el color de estas losas.

LA MARQUESA

Aurora, yo soy muy vieja; casi tan vieja como las paredes que ves; y cuantos más años pasan, más vislumbro por todas partes la soledad. La soledad es un amigo que

no abandona las ruinas; y yo la he visto crecer, crecer más cada día hasta vivir con nosotros.

GERTRUDIS

No siempre ha vivido aquí.

LA MARQUESA

No siempre. Huyó un momento: cuando se casó aquel ángel que fué tu madre. Los salones de la casa, desiertos ahora y llenos de polvo, rebosaban alegría; las lámparas, hoy empañadas, eran entonces ramos de luz; y los senderos, que ves sin gente, se llenaban de parejas, de gritos de amor y de risas. No eran las aves de la noche que hoy

siento cantar las que cantaban en aquel tiempo: eran canciones de envidia que revoloteaban alrededor del nido de tus padres felices.

GERTRUDIS

¡Qué tiempos aquéllos!

LA MARQUESA

Un tiempo que se fué en un soplo. Murió tu madre, y así como el otoño arrastra las hojas, así la muerte ahuyentó las parejas. No se acercaron más. Todas venían á la luz de la dicha, todas, y ni una quedó junto á la muerta. Muy vieja yo, y tú acabada de nacer, volvió el reposo como nube de invierno, y

este caserón sin fin llegó á parecerse á una tumba que nos encerraba á los tres: á ti, casi huérfana; á mí, casi muerta, y á tu padre muriéndose.

AURORA

¡Pobre padre! *

LA MARQUESA

Sí: ¡pobre de él y pobre de nosotras! Nunca el dolor ha dejado en la cara más honda señal de tristeza; pero tampoco nunca la muerte ha soportado la muerte con valor igual, con nobleza tan digna, ni la melancolía ha entrado en casa alguna como entró en nuestra casa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Lloraba todo el jardín. Esos desmayos que ves caían con tal laxitud que daban pena; se ennegrecieron los cipreses; se deshojaron las flores; el agua del surtidor parecía un vaso de lágrimas. Hasta los pájaros enmudecieron, y á escondidas de nosotros formaban sus nidos.

AURORA

¡Qué reposo!

LA MARQUESA

Ya entonces empezaba á rodearnos; y él no lo quería ver, no lo quería sentir. Le temía tanto que, al verlo llegar, al comprender que

su corazón se paralizaba por momentos y que estaba condenado á morir á una hora fija, convidó á sus amigos, aquellos amigos que huyeron al entrar aquí la tristeza; y cuando los vió agrupados y á la hora de los brindis en una comida en que todos disimulaban su alegría, se levantó como un fantasma, y con la copa en la mano, frío y amarillo como un muerto, brindó. «Señores, — les dijo, — me siento morir y no quiero morir solo. Ha sido un engaño la invitación á esta fiesta. La esperanza de diversiones os ha atraído, que, si llego á confesar que iba á morirme, solo me encontraría. Ahora estoy acompañado. Nó tardaré en morir. Soy yo quien os deja ahora. No tenéis

tiempo de abandonarme. Vacie-
mos la copa y venidme á enterrar.

AURORA

¡Dios mío!

LA MARQUESA

Sí, hija mía: así murió tu padre,
temiendo la soledad y dejándonos
en ella.*

AURORA

¡Memoria querida y amor que
guardaré, abuela del alma! Som-
bra suave y noble que nos trans-
mite la historia de estos jardines,
donde muerta he de dormir.

LA MARQUESA

Sí, sombra y nada más, Aurora,
te dejamos del pasado.

AURORA

Pero es sombra que venero.

LA MARQUESA

Ya has visto como huyen todos,
hasta aquellos que te amarían.
Acaba de irse uno. ¿Á dónde va? Á
la guerra entre los hombres. Ahí
tienes á tu primo (*señalando á Er-
nesto*) soñando en su arte. Verás
pasar á otros hoy y mañana, y, sin
padres, sin tesoros, sin más dote
que una herencia gloriosa, nin-

gundo verá en tu frente el prestigio
de la última flor de un jardín lleno
de ruinas.

AURORA

Aun hay poesía.

LA MARQUESA

¡Quién la pudiera sentir! ¡Cuán-
to quisiera, Dios mío, que al caer
nosotros no te hubiese manchado
el polvo del desastre; que esta
vieja, que apenas ve ya, te viese
feliz! ¡Pero no sé, miro en derre-
dor y no veo más que sombra!

AURORA

También yo la veo; pero es som-

bra que deleita. No es oscuridad lo
que miro: es luz de anochecer; no
son tinieblas de gruta, sino manto
de la noche; y cuando en el corazón
hay juventud, cuanto más negra es
la noche, más estrellas se divisan.

LA MARQUESA

¡De ellas colme Dios tu cielo! (*Se
va por la derecha.*)*

ESCENA II

AURORA

Sí: Dios lo colme de consuelo y
no me abandone. ¿Qué siento en
mi corazón? ¿Qué siento en el

alma, que vivo tan triste? ¿Por qué no tengo amigas? ¿Por qué no río como los otros? No quisiera yo estar triste, no quisiera llorar, y el consuelo de las lágrimas es el bálsamo de mi corazón, de este pobre corazón, que las recibe como una lluvia que viene de lo alto de las ruinas. ¡Mis pobres ruinas! Entre ellas nací, y ellas han de guardarme. * Soy una flor de grieta tal vez, ó tal vez una de esas flores delicadas que viven del silencio, que se mueren á la luz y que, al frío, se marchitan. Sólo vivo de quietud, de olores que adormecen y de sombra de desmayos, sin amor, sin vivir y sin amor á la vida. No os acerquéis, no, los que buscáis amores, que

yo no podría ir á donde vosotros vais; y de frío y de añoranza os moriríais vosotros en esta prisión de árboles, en esta prisión que con toda el alma quiero sin que yo sepa por qué. (*Se queda escuchando la voz del surtidor.*) *
 ¿Lloras ó cantas, agua? Días hay en que me pareces que suspiras; horas en que hasta creo que rezas; hay momentos, como éste, en que me dejas soñando. ¡Si me pudieras decir, claro como tú, lo que ha de pasarme! ¡Si me sacaras de dudas! Si tu voz, tu voz de perlas, despejara mis ensueños! (*Permanece ensimismada, soñando.*) *


 ESCENA III

AURORA Y ERNESTO

ERNESTO

¿No hablas, Aurora?

AURORA

Quien calla eres tú. Tu arte te absorbe y á nadie ves.

ERNESTO

Bien te veía; pero no he querido deshacer el grupo que formabais tú y la Marquesa, con el

palacio por fondo. Pareciais figuras de leyenda.

AURORA

¡Qué bien te excusas!

ERNESTO

Me distraje también buscando una flor perdida.

AURORA

¿Una flor?

ERNESTO

Sí: una flor que pinté en el cuadro y que alguien ha cogido.

AURORA

¡Pobre flor! Se la llevan á la guerra. No la ansies. Acaso, viva aún, le tocará una bala. Tal vez se entierre en un corazón envolviendo la herida.

ERNESTO

Hoy me marchó, Aurora, y voy también á la guerra del arte, que es otra clase de guerra, con más balas de la envidia y estocadas de los celos. ¿Para el pobre artista no te queda ni una flor?

AURORA

Quedan pocas, siendo tan gran-

de el jardín. (*Dándole una flor.*)
¿Te gusta?

ERNESTO

Me gusta por lo hermosa, y me gusta mucho más por la mano que la alcanza. Guarda tu aroma y conserva su olor. Esta pronto ha de morir, pero la otra... ¡Qué bella eres, Aurora!

AURORA

¿Que soy hermosa? ¡Pobre de mí! ¿Es que quieres devolverme la flor?

ERNESTO

No, Aurora. Te lo digo porque

no puedo ocultarlo. ¿Qué importa que te sofoques? Sólo así tu rostro se colorea, ese blanco puro como hoja de magnolia. Si te pudieses ver al cruzar por delante de la felpa de estos árboles, ¡cómo los árboles se oscurecen para formarte un nimbo, y qué aire de diosa, de ninfa de jardín toma á veces tu cuerpo! Si pudieras mirar, al subir las gradas de mármol, como se vuelve alfombra el verde de la piedra, y como al caminar es tu figura imagen de la tórtola con movimientos de cisne!

AURORA

¡Ernesto!...

ERNESTO

Al mirar el surtidor y al verte en él retratada como si fueras celosa, ¡cómo te asaltarían celos de la que dentro ves! ¡Celos de ti misma!

AURORA

¡Calla, por Dios!

ERNESTO

Y si al pisar las hojas te vieras rodeada de unas hojas que son lágrimas de los árboles, de las hojas que vuelan á tus pies en busca de calor, ¡qué hermosa, Aurora, qué hermosa te verías! Eres hermosa, y lo eres á mis ojos

y á los ojos del agua y al mirar de las estrellas.*

AURORA

Únicamente para la soledad podría serlo.

ERNESTO

¿Por qué para la soledad?

AURORA

Porque en ella me he criado, desde niña me ha visto, y las dos nos queremos.

ERNESTO

Pues contra ella he de luchar.

AURORA

¡Ay, Ernesto! Ella me ha querido siempre, y tu amor á mí es sólo amor de artista; bello para escucharlo el oído, pero triste para quien espera. Me quieres tú un poco más que al blanco de los cisnes y al verde de los árboles y al reflejo de las aguas y á los colores que sueñas, y al decirlo me lo dices con frases que halagan. Me quieres como figura de un fondo, tal vez algo más, no mucho. Cuando termines el cuadro y me tengas pintada te marcharás con el cuadro, creyendo que me robas con él.

ERNESTO

¿Y si no me fuese?

AURORA

Pero te irás. Sé leer en el porvenir. Si te quedases huirían de aquí dos sombras muertas de envidia: la soledad que me rodea y el arte que tanto amas.

ERNESTO

Lo quiero hasta morir por él.

AURORA

Y yo á la soledad hasta morir con ella.

ERNESTO

Y ¿qué amor te inspira?

AURORA

El mismo que tú sientes por el arte que yo ignoro, pero que me hace adivinar el vago amor que yo siento. El vacío, la quietud que brotan de estos jardines es vacío solamente para quien no los sabe sentir. Pueden callar para los demás esos troncos viejos y esas ramas muertas: para mí no callan. Los caminos á la sombra, cada estatua que el polvo cubre, cada fuente cegada, háblanme á toda hora de un pasado que siento correr en mí, de la savia de unos héroes de los

cuales soy yo el último brote. Me hablan de pasiones enterradas y secretos misteriosos, y me siento orgullosa de cuanto me dicen, porque al comprender... ¡pobre de mí!... que soy la última herencia de tanto esplendor, escucho la quietud, y amo la quietud porque ella me quiere.

ERNESTO

¿Y si juntos la amásemos?

AURORA

¡Ay!... Callaría. Ante testigos no hablan los jardines.

ERNESTO

¡Cuántos pájaros anidan aquí y son artistas!

AURORA

Pero emigran.

ERNESTO

Pero vuelven.

AURORA

Vuelven con nuevos amores.

ERNESTO

O en parejas se marchan.

AURORA

Pero mientras canta él canciones de libertad, ella se muere con el dolor de la ausencia. Yo, Ernesto, soy joven todavía, pero llevo en el corazón la vejez de mi raza, y tú, más viejo que yo, llevas hirviendo en ti todo un mundo de ilusiones.

ERNESTO

Aurora, al verte siento impulsos de robarte, y si te escucho tengo miedo de ti.

AURORA

¿Miedo y hastio?

ERNESTO

No es miedo: es temor. Temor de que el soplo de las palabras te marchite y te deshoje: tan delicada te veo. Te veo tan tierna y fina que temo que el aire de otro lugar te hiera, lejos de éste, que es para ti un relicario.

AURORA

Entiendo lo que me quieres decir y creo que nos avenimos. Quieres decirme que esta casa es como un libro viejo y yo como una flor que muere seca entre las últimas hojas. ¿Verdad?

ERNESTO

Algo dices, pero no es todo.

AURORA

Sí lo es, y no me extraña que lo pienses, porque también yo lo sueño. Así como tú dices que tu arte no puede vivir donde debiera, me falta á mí también no sé qué valor para vivir con los hombres. De aquí no puedo moverme: no puedo vivir sino agarrada á la hiedra.

ERNESTO

Y por eso temo de ti, Aurora; por eso tememos los que llegamos á ti cansados del camino de la vida.

Eres toda perfume, toda incienso de flores. Para tocar esa mano delicada de una pureza de alga no tenemos valor los que venimos del mundo.

AURORA

Sí. Adivino el pensamiento. Te gustaría llevarme detrás de vuestras huellas en vez de pararte tú á la sombra de este pasado frondoso.

ERNESTO

El camino es la vida.

AURORA

Lo es para los que bullen, no para los que soñamos.

ERNESTO

No eres mujer como las demás.
Quererte es querer una sombra,
con el temor de que se desva-
nezca.

AURORA

Tal vez quieres decirme que
soy una puesta de sol á quien
llamaron Aurora. Sí: una puesta
de vida, ó de una raza, como la
abuela dice á menudo.

ERNESTO

Quererte es querer y es abrazar
á la poesía misma. Yo me siento
prosa, Aurora. Te veo idealizada,

te veo en verso y hasta á veces no
alcanzo á leer en ti.

AURORA

¿Tan complicada soy?

ERNESTO

Tal vez por tan sencilla.

AURORA

Ernesto, ¿cuándo terminas el
cuadro?

ERNESTO

Con poco tiempo de trabajar
concluyo.

AURORA

Poco tiempo le queda al amor.

ERNESTO

¿Poco tiempo? ¿Por qué?

AURORA

Tienes razón. Cuando no me tengas á mí la querrás á ella.

ERNESTO

¿A quién?

AURORA

A la pintada en el cuadro. A ésa

sí que no la temes. Soy yo y es hija tuya. Ahora calla: ¡la abuela!

ESCENA IV

AURORA, ERNESTO, LA MARQUESA
Y GERTRUDIS

GERTRUDIS

Ahí están, Marquesa.

LA MARQUESA

¿Dónde estás, Aurora?

AURORA

Aquí estamos. Acérquese, abue-

la. Estoy aquí con Ernesto, que termina el cuadro.

(Aurora va á su encuentro, la acompaña junto á la glorietta y la ayuda á sentarse.)

ERNESTO

Estábamos aquí, Marquesa: yo, llevándome el jardín; Aurora, iluminando mi cuadro.

LA MARQUESA

La luz que me falta, hijos míos. A ver, enséñame tu obra. ¡Qué poco veo, Señor! ¡Y qué hermoso me figuro el cuadro! No veo más que cipreses, cipreses y oscuridad, y en medio... sí, en medio... un lirio.

AURORA

¡Si soy yo, abuela!

ERNESTO

Ella es; y si por lirio la toma, la ve mejor que nosotros.

LA MARQUESA

Todo se vuelve oscuro, todo negro. A medida que soy más vieja se corre ante mis ojos algo como tul de duelo, gasa que surge y abriga este jardín.

ERNESTO

Es el color de los árboles.

LA MARQUESA

Los colores que se funden y el manto de la muerte que viene de prisa. Cuanto más vieja me vuelvo, más se acercan los cipreses, más se vienen sobre mí. El cielo, azul para vosotros, lo veo lleno de brumas; manchas negras son hoy las paredes de la casa, antes tan luminosas; y hasta el blanco de los mármoles y el morado de la arena toman colores de tumba.

ERNESTO

Marquesa: con Aurora junto á usted, ¿cómo ha de venir la noche?

LA MARQUESA

Tienes razón, Ernesto: es mi única luz. Porque no son los ojos los que ven oscuro y negro: son tinieblas del espíritu, la luz del corazón que aquí dentro se apaga. No sabéis lo que es llegar á vieja por el dolor, no por los años; rendirse, encorvarse al peso de tanto recordar, no de tanto vivir; no ver con la mirada, ni con la memoria; mientras que todo se pierde más allá de la vida.

ERNESTO

Cuando se tiene esa imaginación, ella nos sirve de vista.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Cód. 1625 MONTERREY, MEXICO

LA MARQUESA

Si: muchas cosas valiera más no verlas. Lo que no se ha visto es más hermoso que cuanto se conoce. El pasado es mucho más bello que el presente. Tú, que eres artista, lo sabes. Por eso lo miro, y al mirarlo me consuelo. El porvenir no es para los corazones marchitos. Nuestra misión concluyó. Las paredes de la nobleza no pueden apuntalarse. Se hunden desmoronadas, y al hundirse nos entierran. Jo me apago, Ernesto. Siento como oscila, como huye de mí la luz del espíritu. Siento que mi corazón se para, se para poco á poco, y me avisa que mañana, hoy tal vez, quizá de aquí á un se-

gundo, se detendrá para siempre.

AURORA

¡Abuela!...

ERNESTO

¡Marquesa!...

GERTRUDIS

¡Señora!...

LA MARQUESA

Dame el brazo, Ernesto, y tú quédate. (*A Aurora.*) Vamos á recorrer el jardín antes que cierre la noche. Tengo que despedirme

de cada árbol que conozco, de cada rincón de sombra y de las hojas que vuelan. He de consagrar los instantes á rezar por aquella santa memoria, y he de aprender á morir. (*Se van por la derecha, seguidos de Gertrudis.*) *

ESCENA V

AURORA

(*Se queda llorando.*) ¡Dios mío!
¡Cómo viene, cómo se acerca y
acude fiel á mis brazos la soledad
heredada! ¡Cómo inunda mi cora-
zón! ¡Qué de prisa viene y qué
cobarde me siento! ¡Dios de los

cielos, dame vida para poder reci-
birla y guardarla junto á mí! ¡Dios
de los tristes, dame fuerza, dame
amor para recoger esta herencia,
esta prenda del corazón y este frío
que en mí siento y que hiela hasta
mis lágrimas! *

ESCENA VI

AURORA Y LUIS

(*Luis llegará por el fondo*)

LUIS

¡Está usted sola?

AURORA

¿Usted, Luis? No estoy sola. La abuela está en el jardín, allá.

LUIS

¿Le sorprendo y abuso?

AURORA

No, Luis. (*Pensando.*) Casi le esperaba y casi adivino á qué viene: de seguro, á despedirse.

LUIS

Me extraña. ¿Cómo lo puede saber?

AURORA

Lo he presentido. Corren aires de emigración, y hoy soplan dentro de casa. Hoy, temprano, se ha ido el jardinero: quería arrancar los árboles y plantar troncos nuevos que trajeran vida nueva; ayer se marchó el criado porque se consumía aquí y anhelaba juventud; no hace mucho que, arrancados por ese viento, se han ido otros; y ahora...

LUIS

No, Aurora: no me marchó todavía; pero no he de tardar, casi vengo á decírselo.



AURORA

¿Ve usted, Luis?

LUIS

Me marchó porque soy joven; me siento con alas y quisiera abrirlas y tenderlas al ras del suelo ó lanzarme á lo alto hasta tocar en las nubes. Veo en sueños la fortuna y tengo ansias de seguirla. Me siento ambicioso, Aurora.

AURORA

¡Tan rico y tanta ambición!

LUIS

Heredo más ambición que ri-

queza. Sueño en ser rico, muy rico; sueño en ser poderoso; sueño en gozar el dominio de los que mima la suerte.

AURORA

¡Todos corriendo detrás de su ideal!

LUIS

Sí, Aurora, sí. Todos aquí dentro llevamos una pasión. El Arte no me atrae, no ambiciono la gloria; la poesía es para mí la fuerza del poder; sentir á los aduladores que se doblan y se arrastran en torno de los que triunfan; oír el grito de admiración de los que se quedan

atrás, y hasta el mugir de la envidia que sigue á los poderosos. Ese es mi anhelo. Y no es sólo por egoísmo, no es para mí solamente tanta ambición de riqueza.

AURORA

¿Para quién, pues?

LUIS

Lo puede usted presumir, Aurora. No se abre el corazón, como en este instante abro el mío, sino á quien puede comprenderlo.

AURORA

¿Vivo tan apartada de esos sue-

ños, Luis! Para mí es tan nuevo su hablar, tan distinto del escuchado hasta hoy, que me parece un lenguaje extraño.

LUIS

¿No ha sentido usted nunca el ansia de vivir con grandeza?

AURORA

Sí la siento; pero es ansia de grandeza diferente.

LUIS

¿No ha sentido usted jamás el deseo de remontarse por encima de esos árboles?

AURORA

¡Ay, Luis! ¡Es tan bella y tan
sagrada la sombra que ellos me
dan!

LUIS

¿No le habla la esperanza?

AURORA

Más me dicen los recuerdos.

LUIS

Y ¿no le atrae el mundo?

AURORA

Es muy ancho el mundo para

que mi corazón lo abrace. Su mun-
do tiene perspectiva: el mío es
pequeño, es un mundo íntimo,
limitado, pero lleno de aroma;
quieto y oculto, pero lleno de
poesía.

LUIS

Y ¿por qué no hallarla lejos de
aquí?

AURORA

No la comprendería. Hace mu-
cho que estos árboles me hablan
del mismo modo y me dicen sus
secretos y me cuentan sus penas.
Sé cuándo lloran con la lluvia; sé
cuándo suspiran con el aire, sé lo

que dicen al hablar y adivino lo que callan.

LUIS

En el mundo todo se renueva, todo cambia. Se caen ellos de viejos cuando llega usted á la vida. ¿Por qué contemplar su muerte al comenzar á vivir?

AURORA

Porque, Luis, yo no soy joven. Soy el brote de una raza, y no árbol nuevo: con la rama he de morirme.

LUIS

Venga á la vida, venga, que el

mundo no se acaba. ¡Verá con qué lozanía brota, verá qué cielo tan hermoso, qué aire de amanecer, qué serenidad azul, qué sol, qué alba, que hálito de primavera y qué alegría de vivir y de amar ha de correr por sus venas! Deje las ruinas bajo la hiedra y vamos á los jardines del mundo, donde otros pájaros más alegres cantarán himnos de fiesta al contemplar su hermosura.

AURORA

No, Luis. Ni el sol, ni el alba, ni el aire de primavera que usted dice faltan en este oasis, en este nido de verdura. El mundo nuevo ha de llenarse de gente nueva que mire

hacia adelante con esperanzas y con deseos, no de almas que re-
cen, que contemplan y que sue-
ñen. Los jardines abandonados
son cementerios frondosos donde
se duermen las razas; son las úl-
timas hojas de un libro donde
concluye su historia; islas de mis-
terio rodeadas de los mares del
mundo, para suspirar en ellas y
sentir el agridulce de la añoranza.

LUIS

¿Qué dice?

AURORA

Sí, Luis. Yo vivo aquí en una
eterna puesta de sol. No turbe la

paz y el silencio de la noche que
se acerca. Corra, corra usted mun-
do adentro, plante jardines de ver-
de alegre, de hoja brillante y nue-
va, que también se convertirán en
islas de reposo para los corazones
fatigados, los corazones tristes, los
corazones enfermos como el mío.
En ellos, al cumplir su vida, tam-
bién crecerán los cipreses, y el
musgo, y el verde de las tumbas.

LUIS

¡Qué triste ha de ser parar así
la vida!

AURORA

¡Y qué triste perseguir una am-
bición!

LUIS

¿Quién vive sin esperanza?

AURORA

Tan lejos se ve el pasado como
el porvenir: ¡por todas partes el
infinito!

LUIS

Pero el amor marcha adelante.

AURORA

El amor que es deseo, no el que
es ideal.

LUIS

El amor que da la vida.

AURORA

Yo no lo siento, Luis. Mi cora-
zón es una playa donde mueren
las ondas; las ondas que ruedan
hace siglos.

LUIS

¿Y yo un náufrago?

AURORA

No lo sería si navegase á mi
lado. La espuma nos dejaría so-
bre la arena dorada. Déjeme á mi
sola en el lecho finísimo, ya que el
destino me lleva, y avanza á toda
vela, si tiene alas para volar á lo
lejos.

LUIS

Será. Pero ¡qué triste volar sin pareja y sin algo que la recuerde!

AURORA

(buscando una flor y dándosela)

Tenga. Es la última flor que me queda. No la mire al caminar adelante: mírela al detenerse. Tal vez su aroma perdido extinguiría sus pobres ambiciones. Tal vez será un bálsamo recordar desde la lucha este rincón de quietud.

LUIS

Sí, lo será, Aurora. Su perfume misterioso evocará en mí su mis-

teriosa figura, su pensamiento misterioso, su religión extraña, que me atrae sin que yo la comprenda.

AURORA

La abuela viene por allí. ¡Dios mío, cómo se muere! *

(La Marquesa anda cada vez con mayor dificultad y viendo menos. Viene del brazo de Ernesto y seguida siempre de Gertrudis. Aurora y Luis van a su encuentro. Ernesto saluda a Luis con un movimiento de cabeza.)

ESCENA VII

AURORA, LUIS, LA MARQUESA,
ERNESTO Y GERTRUDIS

LA MARQUESA (*á Ernesto*)

De todo me he despedido, hasta de los rumores del anochecer y de las estrellas, que ya no veo, pero que salen siempre.

AURORA

¡Abuela! ¡Luis, Luis, que la quiere ver!

LUIS

No: Luis, que quiere que se retire porque la noche llega.

LA MARQUESA

¿Luis? Ven, Luis. ¡Qué alegría! (*Le toca los cabellos.*) ¡Qué guapo! (*Le toca la espalda.*) ¡Qué joven, qué bien plantado! ¡Y yo qué muerta, Luis!

LUIS

Retírese, Marquesa; retírese, se lo ruego.

LA MARQUESA

No. Ya que te vas, quiero acompañarte. Quiero que me veas al irte, para que me guardes en la memoria. Será la última vez.

(*Le da el brazo y se van por el fondo del jardín, seguidos de Gertrudis.*)*

ESCENA VIII

AURORA Y ERNESTO

AURORA

*(Se queda pensativa
mirando á la Marquesa y dice:)*

El sol se va, Ernesto. Si quieres
concluir el cuadro, te queda poca
luz.

ERNESTO

Te esperaba. Queda poca luz,
pero es la que mejor sienta á tu
figura. Los colores del anochecer,
los colores apagados parecen he-
chos para formarte aureola.

AURORA

Son colores de despedida, ¿ver-
dad?

ERNESTO

Seguramente lo son, cuando tan
tristes se deslizan sobre tus ropas
y oscurecen de tal modo mi ser
por dentro. No se hallan en la pa-
leta los colores de la tristeza. Los
reflejos de fuera se pueden imitar:
reflejan lo que uno ve; pero lo de
dentro, las lágrimas, ésas brotan
sin color. Los ojos no los descu-
bren, el corazón los adivina. Auro-
ra, volvemos á encontrarnos solos
por última vez, y por última vez te
pido que me abras tu corazón, que

me des esperanza ó que me alejes para siempre.

AURORA

Escucha lo que voy á decirte: es mi pensamiento. Hacía mucho que dudaba; hacía mucho que veía pasar en sueños borrosos el camino de mi vida; que iba á tientas en busca de mi suerte. Hoy, esta misma tarde, mis dudas se han desvanecido y he descubierto mi ruta. Tres flores he dado, una detrás de otra; tres flores que en mi jardín quedaban; tres prendas de despedida, reliquias arrancadas del ramo de mis ilusiones. Una se va á la guerra, y morirá deshecha, que el que se la ha llevado no la

podrá cuidar, lejos del humo de la victoria; otra morirá bajo el peso del dinero, y entre billetes de Banco se aplastarán sus hojas: el que se la lleva sólo la quiere dorada, y aquí se consumiría; la otra te la llevas tú, y el incienso de la gloria la irá deshojando. Tú te morirías, Ernesto, si no pudiera seguirte, y yo no puedo moverme.

ERNESTO

Y ¿por qué?

AURORA

Pues escúchalo, y ¡por Dios respeta lo que me dice el alma! Como prenda sagrada considero la he-

rencia. Si hubiese heredado gloria, guardaría la gloria como el mayor tesoro; si fortuna, la fortuna serían para mí pergaminos de plata; heredo soledad, soledad de nobleza caída, ruinas, fuentes silenciosas, salones de quietud y alcobas desiertas. Pues bien; quiero guardar la soledad heredada: con todo mi corazón la acepto. Es el único caudal que me deja quien no tiene otros.

ERNESTO

Y ¿aquí vivirás siempre?

AURORA

Si moriré, querrás decir. *(Como si hablase y soñara á solas.)* Los

jardines como éste son claustro. Los claustros de los recuerdos. Yo profeso en los jardines y profeso con la fe que me inspira el templo éste, que es un templo que se hunde, pero que se hunde con grandeza. No quiero detener una muerte que llega tan majestuosa; no la quiero alejar; no quiero ni remedios ni composturas: quiero que el ramaje me abrigue al caer; quiero morir de antigüedad dentro de este relicario, y me convierto en monja de estas naves frondosas, monasterio bendito de paz inmaculada. No quiero abandonar la sombra que van á entregarme. Al abrazarla me hago digna de ella, y que ella me ilumine.

ERNESTO

Respeto tu alma y tu voto. Perdóname. Me he parado un instante á respirar el aroma de una flor de ruinas. Quería llevármela; la quería llevar por los caminos de la tierra; la quería arrancar del césped sagrado para enseñársela al mundo, donde, ajada y mustia, se habría caído herida de añoranza; la quería arrancar de donde echó raíces y donde bebe la savia de otros tiempos; por hacerla vivir la quería matar. Tienes razón, Aurora: vives porque te sientes unida á las fibras y al espíritu de estas ramas: son tuyas y tú eres de ellas, que ha pasado mucho tiempo entre la luz que les das y la

sombra que te prestan para que puedas dejarlas. No te muevas, no te muevas de este claustro hasta el fin de la vida, y permite que un caminante deje aquí su ex-voto, que deje aquí el pobre cuadro arrancado de este templo.

AURORA

Lo acepto con todo el corazón.

ERNESTO

Y, ahora, adiós, mujer ideal, monja de poesía, último espíritu y alma de una noble leyenda. Acuérdate de tiempo en tiempo de los que vamos por la vida.

AURORA

Guarda bien la flor, que los
jardines van muriéndose como el
día se muere.

ERNESTO

¡Adiós para siempre!

AURORA

¡Adiós para siempre! *

ESCENA IX

AURORA Y CORO DE HADAS

AURORA

(Se queda pensativa)

Soledad que esperaba, aquí me

tienes á tu sombra. ¡Aquí me
tenéis, jardines! Mi voto se va á
cumplir, y á mi triste casamiento
sólo acudiréis vosotras, estrellas
solitarias; vosotras, que sabéis lo
que es vivir aisladas; vosotras,
que dais luz á la sombra miste-
riosa, lucecillas del cielo que ilu-
mináis los ojos.

CORO DE HADAS

Musa de los jardines,
no llores de añoranza:
ven al fresco verdor,
que es nido de esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



ESCENA ÚLTIMA

AURORA, LA MARQUESA, GERTRUDIS
Y CORO DE HADAS

Del fondo del jardín sale Gertrudis sosteniendo á la Marquesa, desmayada.

GERTRUDIS

¡Aurora!

AURORA

¡Abuela!

GERTRUDIS

¡Marquesa, Marquesa!

AURORA

¡Abuela del alma, vuelve en sí!

(Gertrudis y Aurora aproximan á la Marquesa al primer término y la sientan en una silla. Gertrudis le sostiene la cabeza y Aurora se sienta á sus pies.)

LA MARQUESA

(volviendo en sí por un momento)

¡Dios mío! ¿Que sueño? ¿Eres tú, Aurora mía? No me despertéis, no me despertéis, que siento como me duermo y me duermo para siempre. Vuelve la luz; la vuelvo á ver, pero es luz de otras regiones,

una luz más hermosa que la luz que hasta ahora ví, una luz siempre encendida. ¡Adiós, Aurora! Ven: te espero. No vivas en el mundo, que el mundo no se hizo para nosotras. ¡Ven, ven luego! Sigue mi camino, claro y hermoso... y blanco como noche serena. *(Muere.)*

(Gertrudis, viendo muerta á la Marquesa, corre hacia el fondo.)

GERTRUDIS

¡Socorro! ¡Auxilio! *

AURORA

(a los pies de la Marquesa)

No corras, no. No pidas auxilio.

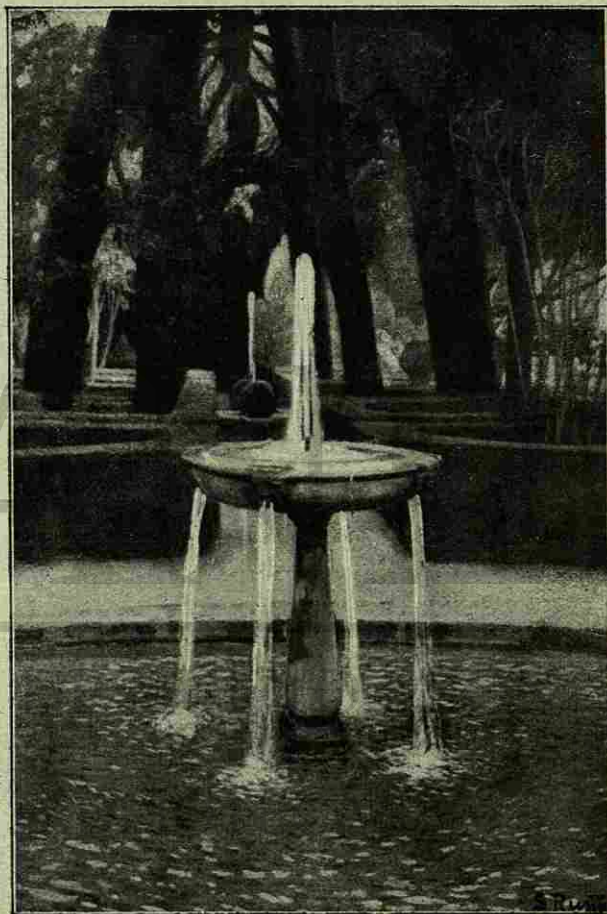
La soledad vendría á ayudarnos: ¡sólo ella! La soledad que vive, la soledad que amo, la soledad que me mata. ¡Ven á mí, soledad! ¡Con toda el alma te adoro! ¡Contigo viviré muriéndome! ¡Soñando viviré contigo hasta mi último sueño!

CORO DE HADAS

Musa de los jardines,
no llores de añoranza:
ven al fresco verdor,
que es nido de esperanza.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE





OBRES DE L'AUTOR

Una excursió al Taga (agotada).

Desde el molino, il·lustracions de R. CASAS (agotada).

L'home de l'orga, monolog.

Andalusia vista per un català, conferència (agotada).

Discurs llegit en els Jocs Florals de Granollers (agotada).

Anant pel món (agotada).

Impresiones de arte, il·lustracions de ZULOAGA, MAS I FONTDEVILA, OLLER i RUSIÑOL (agotada).

Oracions, il·lustracions de MIQUEL UTRILLO, musica d'ENRIC MORERA.

Els caminants de la terra, poema en prosa (agotada).

Fulls de la vida, il·lustracions de R. PRICHOT.



L'alegria que passa (agotada).

El jardí abandonat, quadro poematic en un acte, musica de JOAN GAY.

TEATRE: **L'alegria que passa, El jardí abandonat i Cigales i Formigues**, musica d'ENRIC MORERA i de JOAN GAY.

Llibertat!, comedia en tres actes.

Mis hierros viejos, conferencia.

Els Jocs Florals de Canprosa, comedia en un acte.

A PUNT DE SORTIR

El Poble Gris, col·lecció d'articles.

El Malalt Cronic, comedia en un acte.

El Prestidigitador, monolog.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA